



CUANDO EN 1969 publiqué *La nueva novela hispanoamericana*, incluí en el reparto de autores a Juan Goytisolo. No tardaron en lloverme los reproches: ¿qué hacía un “gachupín” entre nuestros castizos Cortázar, García Márquez, Carpentier y Vargas Llosa?

Pues hacía dos cosas: La primera, recordarnos que no éramos ni castizos ni mucho menos castos, sino fraternales y reconocibles —españoles e hispanoamericanos— en nuestra impureza: impureza del lenguaje, impureza de la sangre, impureza del destino.

En *Señas de identidad* y *Reivindicación del conde don Julián*, Goytisolo indicaba ya que España no era España sin las culturas judías y musulmanas que formaron lengua e historia en la corte de Alfonso el Sabio, en el *Libro del Arcipreste* y en *La Celestina* de Rojas.

La expulsión de las culturas hebrea y arábica no sólo mutiló a España. Empobreció a sus colonias. Estableció una política de exclusión y aun de persecución del otro, del diferente. Y como bien plantea el gran filósofo español contemporáneo Emilio Lledó, el lamentable truco de lo peor de los nacionalismos es la invención del otro como malo y de inferior calidad, para no tener que percibir nuestra propia miseria...

La segunda cosa era (...)

